

Tendencias de la afiliación en la Acción Católica Argentina (1931-1960)

Omar Acha

CONICET-UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES-ARGENTINA
omaracha@gmail.com

Resumen:

Este artículo discute los datos de afiliación disponibles de acuerdo a las publicaciones de la Acción Católica Argentina y somete a examen tanto su plausibilidad como las tendencias de su nivel de afiliación entre su fundación en 1931 y el cierre de su ciclo de relevancia numérica en la sociedad civil hacia 1960. Aunque los datos publicitados por la Acción Católica son de dudosa exactitud, la contrastación entre los mismos y su lectura crítica provee una imagen de las tendencias generales de la afiliación, al menos hasta la construcción de bases de datos más confiables. Por otra parte, el trabajo recupera las posturas suscitadas en el seno de la institución respecto de las curvas de afiliación, que permiten ajustar su significado.

Palabras-clave: Acción Católica Argentina, Asociacionismo, Afiliación

Abstract:

This article discusses the available data according to the publications of the Argentinian Catholic Action and examines both its plausibility and the trends they reveal in the institutional membership between its founding in 1931 and the end of its cycle of significance in civil society by 1960. Although the data publicized by the Catholic Action are of questionable accuracy, a critical and contrasting reading of the numbers provides an image of its trends, at least until the construction of more reliable databases. Moreover, the paper brings the positions raised within the institution regarding membership curves, which allows us to have a perception of its meaning.

Keywords: Argentinian Catholic Action, Associations, Affiliation

INTRODUCCIÓN

En este trabajo proponemos una reconstrucción inicial de la evolución cuantitativa de socios y socias de la Acción Católica Argentina (ACA) entre su fundación y el cierre de los años 1950. Ensayamos una interpretación de los números provistos por distintas entidades de la ACA y de las reacciones que los cambios en el número de militantes del laicado suscitaron entre las filas dirigentes del catolicismo argentino.

Carecemos de investigaciones específicas sobre el número de personas que integraron las filas de la principal organización del laicado católico en la Argentina durante buena parte del siglo XX. Los estudios disponibles tienden a utilizar los datos provistos por la propia institución, aparecidos en el *Boletín Oficial de la Acción Católica Argentina* o el *Anuario Católico* (Mallimaci, 1991:108; Tenti, 2008; Blanco, 2008). El panorama que ofrecen esos empleos de la información —sobre todo el muy citado número conmemorativo del *Boletín* de 1951— da cuenta de un discreto progreso hasta 1943 y luego de un incremento relativo en la rama juvenil masculina.

Desde la reflexión historiográfica y desde la producción de nuevas indagaciones en archivos ha comenzado una revisión de los supuestos estadísticos previos (Santos Lépera, 2009 y Miranda, 2010). Esta discusión preliminar desea prolongar y confluir con esos estudios.

Es sabido que las estadísticas públicas de toda institución suelen ser dudosas, dado que constituyen una de las formas de representarse ante sí y ante la lectura externa. La publicación de los datos y la construcción de una imagen de sí suelen confundirse y distorsionar los números (Le Bras, 2000 y Otero, 2008).

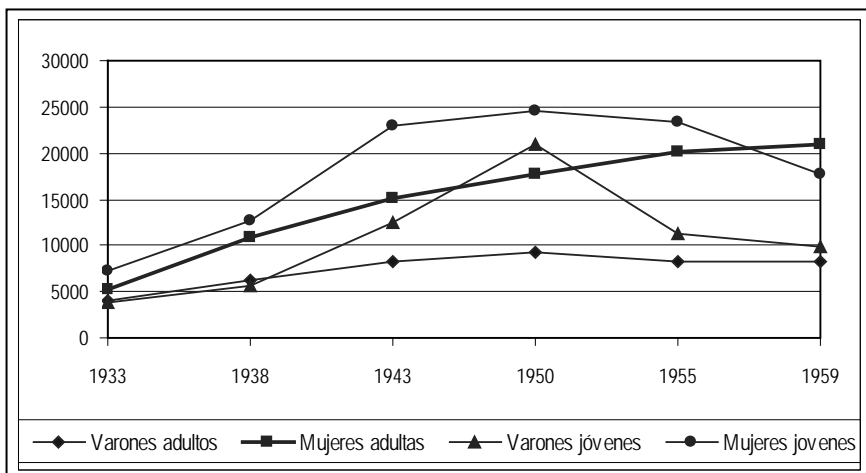
La destrucción del archivo de la ACA en los incendios ocurridos durante el anochecer del 16 de junio de 1955, que entre otros sitios afectó a la curia metropolitana, nos privó de importante documentación de primera mano. Ello constriñe al uso de las informaciones accesibles a través de las publicaciones de la ACA y la utilizada en las reuniones de sus dirigentes (Caggiano, 1957). La parcialidad de los datos disponibles permite sin embargo otras lecturas que las inducidas por los guarismos agregados organizados por la institución. Esto es especialmente cierto en los casos en que pueden ser utilizadas informaciones del nivel parroquial e incluso diocesano.

Luego de establecer una imagen algo más precisa sobre la evolución cuantitativa de la afiliación a la ACA, reconstruiremos las respuestas que el temprano freno suscitó en su dirigencia laica y eclesiástica. Esa perspectiva permitirá formular hipótesis sobre la capacidad de la ACA para obtener el concurso militante de diversos sectores de la población y de la Iglesia para enfrentar el proyecto novedoso de una intervención propiamente civil. De tal manera se verá cuán desconocido y complicado fue el avance en ese terreno. Las

aproximaciones desde la historia de las ideas han conducido a representar demasiado llanamente el proyecto de una reconquista católica de la sociedad después de 1930. La historia de la ACA abre una ventana para percibir qué desafíos reales esas formulaciones implicaban.

Comencemos por observar *grosso modo* la evolución de las cuatro grandes ramas federales de la ACA entre 1931 y 1959 según los datos oficiales de la entidad:

Gráfico 1. Evolución del número de socios/as por rama de la Acción Católica, 1933-1959



Fuente: elaboración propia a partir de *Boletín Oficial de la Acción Católica Argentina*, n° 20 aniversario, abril de 1951; *Acción Católica*, n° 395, mayo de 1957; Asociación de las Jóvenes de Acción Católica, “Estudio estadístico sobre el crecimiento de la rama”, *Acción Católica*, n° 391-392, noviembre-diciembre de 1956; *Encuentro Nacional de Dirigentes de la Acción Católica*, Buenos Aires, Junta Central de la ACA, 1959.

La primera representación gráfica nos permite comenzar a deconstruir la imagen distorsionada de los números absolutos. De acuerdo a esta imagen, la inferencia más obvia es que sólo en el caso de las mujeres adultas se verificó un crecimiento, muy probablemente sostenido por el tránsito gradual de las mujeres jóvenes, que constituyeron el sector más dinámico durante todo el período. En cambio, los varones adultos estuvieron estancados durante las tres décadas, lo que se agrava si consideramos el cima de incremento numérico de los jóvenes católicos alrededor de 1950, debido al fundamental tema del relevo generacional. Por otra parte, si consideramos que la población argentina creció durante los treinta años comprendidos en aproximadamente diez millones de personas (a lo que debemos sumar el acelerado proceso de urba-

nización y, como veremos, el nicho de captación de la ACA eran la ciudades), debe concluirse que entre 1940 y 1960 se operó un franco descenso relativo y un envejecimiento de la masa societal de la ACA. Esa impresión general, sin embargo, nos dice poco de la evolución diferencial se acuerdo al género, la edad y la clase social, así como las variaciones según la región del país. En lo que sigue proponemos un ejercicio de reconstrucción de algunos tramos del cambio cuantitativo de la ACA durante el período y de las reacciones provocadas en el seno de la institución.

LOS AÑOS DEL ENTUSIASMO

El 19 de enero de 1931 monseñor Santiago Copello, el vicario general del arzobispado, firmó el auto por el que nombraba a Martín Jacobé como presidente de la Junta Nacional de la Acción Católica Argentina, cuyo asesor eclesiástico general fue Antonio Caggiano. La ACA, creada el 5 de abril, sucedía a la Unión Popular Católica Argentina, cuyas pertenencias recibió una semana más tarde.

De acuerdo al modelo italiano, la ACA fue dividida en cuatro ramas. Las de varones adultos y de *los jóvenes* y las de mujeres adultas y de *las jóvenes*. El criterio de edad definía que los Jóvenes pasaban a la categoría de Hombres al cumplir los 35 años o al casarse, mientras que las jóvenes, si bien podían permanecer en ese estatus hasta esa misma edad, les era permitido optar por pasar a la Liga de Damas Católicas a los 30 años. Los nombres iniciales de las ramas fueron: Asociación Nacional de Hombres Católicos, Federación de la Juventud Católica, Liga de Damas Católicas y Liga de la Juventud Femenina Católica.¹ Las ramas constituyeron Juntas en los niveles parroquiales, diocesanos y federales. Gradualmente, aunque no sin algunas vacilaciones, fueron “adhiriendo” a la ACA otras instituciones del apostolado seglar como las sociedades vicentinas, la Unión Noelista, los Círculos Católicos de Obreros, el Consorcio de Médicos Católicos. Fue sobre todo la Sociedad de San Vicente de Paul la que proveyó de importantes cuadros formados a la naciente ACA.

Los varones se organizaron en el nivel parroquial en centros y las mujeres en círculos. Las primeras en fundar un círculo fueron las jóvenes católicas en la parroquia del Santísimo Redentor. Creado el 4 de junio, llevó el nombre de Santa María Margarita. La primera junta parroquial del país (que contaba con las y los presidentes de los círculos y centros de las cuatro ramas más el párroco) se conformó en la parroquia de Balvanera el 26 de julio. En los meses transcurridos hasta fin del año se constituyeron las juntas diocesanas y provinciales.

La preocupación inicial de los asesores eclesiásticos consistió en fortalecer la organización en el nivel parroquial y el diocesano. El objetivo primordial fue

el de constituir élites sólidamente formadas y militantes, y sólo después lanzar una ofensiva de conquista sobre la sociedad. Así lo expresó Caggiano en marzo de 1932, cuando procuró dejar en claro la necesidad de crear grupos de “católicos decididos y capacitados para ser apóstoles”, capaces de fundar asociaciones con una “sólida vida interior, para poder después actuar sobre los demás” (Caggiano, 1932a).

El ritmo de la organización fue inesperadamente veloz. Poco después de la publicación del artículo de Caggiano, en abril, la última diócesis que hasta entonces no había constituido una junta diocesana, Corrientes, la había conformado. Uno de los eclesiásticos fundamentales de este período fundacional, Silvino Martínez, se mostró sorprendido por la “relativa facilidad” con que surgían los centros y círculos de la ACA. Le parecía un sueño realizado. Por eso lamentaba que el emprendimiento fuera realizado tan tardíamente, cuando, creía, podría haber sido iniciado veinte años antes. Su razonamiento era que el avance de la ACA despertaba la confianza en la eficacia organizativa del catolicismo en la recristianización social (Martínez, 1932). En el mismo sentido el secretario general de la Junta Nacional de la ACA, Rómulo Amadeo, reprochaba a Julio Meinvielle que en su libro *Concepción católica de la política* hubiera expresado que la eficacia de la ACA no tenía proporción con el movimiento real logrado sino con la “santidad” en que vivía. Para Amadeo era ambas cosas a la vez, porque estaba convencido de que el efecto de demostración del crecimiento organizativo era la prueba del compromiso militante.

En realidad, la controversia de Amadeo expresaba las matizadas actitudes de los católicos ante la sociedad y la estrategia adecuada para cristianizarla. La de Meinvielle era elitista y aceptaba desde el principio que el medio era mayoritariamente hostil e indiferente. Los efectos de la modernidad no debían ser subvalorados. En esa misma línea desde el diario *El Pueblo* se añoraba reclutar a “católicos de selección”, lo cual estaba explícitamente pensado tomando a las clases pudientes como espacio de captación (Rapallo, inédito).² Esta postura era la más coherente con la orientación explícita de una jerarquía eclesiástica que se estaba reorganizando, de acuerdo a la caracterización de Susana Bianchi, como un “actor político-social de tipo antiguo” (Bianchi, 2002). Ante ese proyecto de unificación vertical, la ACA era subordinada sin márgenes para alguna autonomía; los problemas que se habían generado con la Unión Popular de 1919 pretendían ser radicalmente prevenidos. Para conservar el control, la actuación del laicado organizado debía consistir en un cuerpo selecto y uniforme en la sumisión a la jerarquía. En consonancia, la dirigencia de la AC en todos sus niveles era designada por obispos (en el nivel nacional y diocesano) y asesores (en el nivel parroquial). La elección de autoridades por parte de la base societal estaba descartada.

Sin embargo, en los hechos la aspiración de devenir en una organización militante con relevancia en la sociedad civil implicó una tendencia no del todo compatible con esas definiciones *a priori*.

Quienes aceptaban plenamente la subordinación al clero, pero militaban por la conquista de lo social instalaban implícitamente la necesidad de una dinámica de inserción y presencia ampliada. Tendrían a reconocer, sobre todo entre los sectores más bajos de la sociedad, una incredulidad extendida. Afir-maban en la conquista de un vigoroso asociacionismo la vía del combate eficaz contra el comunismo.

Para perspectivas como la de Meinvielle se trataba de crear cuadros embargados por la fe; para otras el destino se decidía en la capacidad de aumentar también el número de socios. A la convicción que privilegiaba la defensa de un baluarte se oponía la vocación de “penetración” social. Ambas actitudes se constituyeron en líneas de acción que perduraron a lo largo de la historia de la ACA.

La segunda tendencia se concretaría en un sentido diferente al de Meinvielle. Sería promovida desde fines de la década siguiendo el *modelo belga de apostolado ambiental*, donde se excedía a las ramas autocentradas por edad y sexo para buscar generar asentimientos católicos más allá de las parroquias. Dado que se ha insistido en demasía respecto a que esa novedad se explica básicamente por la búsqueda de una alternativa al estancamiento de las ramas de mayores, es preciso subrayar aquí la presencia desde temprano de una idea de relativización del *modelo italiano* predicado por la jerarquía (Mallimaci, 1992). Su origen puede hallarse en el ciclo de charlas ofrecidas en 1933 por el jesuita francés Achilles Danset.

¿Cuál fue en este contexto el ritmo del primer momento del desarrollo de la ACA? El primer período de la historia de la ACA llega hasta el Congreso Eucarístico Internacional realizado en Buenos Aires en octubre de 1934. La muestra más precisa sobre la evolución de la incorporación de asociados/as a la ACA fue realizada a mediados de 1933, constituyendo la información empírica más rica disponible respecto a la creación de centros y círculos en cualquier etapa de su historia. Para simplificar la estrategia argumentativa contrastaremos aquí lo ocurrido en tres situaciones: la arquidiócesis de Buenos Aires y las diócesis de Paraná y San Juan. Eso ayudará a hacer menos farragosa la discusión, sin pérdida de complejidad. Más tarde se verá que hay razones adicionales de índole social que justifican esta selección. Por ahora considérese que se trata de conjuntos de diverso tamaño y posición en el país.

Los círculos y centros eran creados de manera provisoria con un mínimo de tres personas y el párroco. Con ocho socios/as el organismo podía ser confirmado. Como hemos señalado, el primer círculo de las jóvenes, en la ciudad de Buenos Aires, fue creado en junio de 1931. El círculo fue declarado definitivo un año más tarde. En la arquidiócesis se establecieron hasta fines de 1933 sesenta y tres círculos juveniles. Tan tempranamente era perceptible

que las jóvenes constituirían el sector más dinámico en el crecimiento de la ACA en todo el país. En los últimos meses de 1933 la Federación de la Juventud Femenina Católica contaba en la ciudad de Buenos Aires con 63 círculos, mientras las Damas tenían 45, los varones jóvenes 38 y los varones adultos 33; en la diócesis de Córdoba los guarismos eran en el mismo orden de 34, 32, 31 y 29, reduciendo la brecha de la arquidiócesis. La singularidad del impulso militante laico entre las jóvenes es subrayado por el hecho de que fuera la única rama que desarrolló círculos en la gobernación de Río Negro.

El siguiente cuadro provee una impresión del conjunto de las diócesis y jurisdicciones eclesíásticas sobre gobernaciones y territorios:

Cuadro 1. Número de socios y socias de las cuatro ramas de la ACA en octubre de 1933.

Diócesis/Jurisdic	Varones Adultos	Mujeres Adultas	Varones Jóvenes	Mujeres Jóvenes	Total Ramas ACA
Buenos Aires	647	1267	673	1.428	4.015
Córdoba	785	700	580	1.063	3.128
Santa Fe, Zona Sur	593	630	490	767	2.480
La Plata	429	641	542	851	2.463
Santa Fe, Zona Norte	395	430	359	699	1.883
Paraná	369	205	268	608	1.450
Tucumán	201	244	194	342	981
Corrientes	141	159	169	413	882
Mendoza	117	150	126	159	552
San Juan	56	118	98	111	383
Salta	77	80	57	75	289
Santiago del Estero	45	82	56	101	284
La Rioja	40	90	60	60	250
Catamarca	20	27	76	94	217
Gob. Río Negro	-	-	-	197	197
Misiones	22	54	31	66	173
San Luis	25	44	50	42	161
<i>Totales</i>	3.962	4.921	3.829	7.076	19.788

Fuente: elaboración propia a partir de *BOACA*, n° 60, 15 de octubre de 1933.

En estos primeros años la ACA aparece como una organización desarrollada en la zona litoral del país. El cuadro 1 indica que el conjunto de afiliadas/os desde Tucumán hacia abajo superan en apenas 350 personas al total de la arquidiócesis de Buenos Aires. Ésta era la jurisdicción eclesiástica de mayor envergadura de acuerdo al número de socios y socias, salvo en el caso de los varones adultos de Córdoba, donde los Hombres Católicos tenían dos centros parroquiales menos pero 62 inscriptos más. Sucede que algunas zonas como Córdoba, La Plata y las dos circunscripciones de Santa Fe, dado que tenían localizadas parroquias en pueblos y ciudades pequeñas, el número total de aquellas era menor que en Buenos Aires pero concentraban una masa asociativa mayor. La parroquia de Moldes, por ejemplo, agrupaba más socios y socias que algunas parroquias de barrios de la Capital Federal. El caso extremo de este patrón es el de La Rioja, donde las 250 personas inscriptas en la ACA asistían a las reuniones de una sola iglesia, la matriz de la ciudad capital.

Para ir más lejos comencemos por arrojar una mirada sobre las asociaciones parroquiales de las jóvenes. En los primeros meses de existencia de la rama, hasta noviembre, la creación de círculos fue regular; las fundaciones comenzaron a declinar durante el período estival y retomaron fuerza en mayo. Se crearon alrededor de 4 círculos cada mes. Hasta las últimas semanas de 1933 el aumento de asociadas fue sin embargo lento. En el cuadro 2 podemos observar la evolución del número de asociadas por círculo en Buenos Aires. Entre paréntesis figura la cantidad de socias declaradas hacia principios de año. En la parroquia del Santísimo Redentor (n° 1) se verifica un incremento de 12 asociadas, mientras que en un círculo más reciente como el de Santa Ana (de Villa del Parque, n° 30) sólo aumenta en una socia, y en la última creada en 1932, la de Mater Consolationis (n° 60), permanece sin modificaciones. En el último semestre contemplado por la estadística sólo se fundaron tres círculos (números 61, 62, y 63).

Cuadro 2. Número de socias de los círculos de la rama femenina juvenil de la ACA correspondiente al Consejo Arquidiocesano de Buenos Aires

Nº	Parroquia	Instalación	Nº de socias
1	Santísimo Redentor	4-6-31	49 (37)
2	Santísimo Sacramento	14-6-31	32 (22)
3	San Lorenzo	21-6-31	18 (18)
4	Nuestra Señora de Balvanera	29-6-31	37 (22)
5	Nuestra Señora de la Merced	4-7-31	14 (16)
6	Santa María Magdalena	12-7-31	25 (21)
7	San Ignacio	24-7-31	19 (20)
8	Nuestra Señora de Guadalupe	2-8-31	40 (31)
9	San Carlos	9-8-31	42 (35)
10	Todos los Santos	15-8-31	16 (12)
11	Santísima Trinidad	15-8-31	13 (13)
12	Nuestra Señora de Pompeya	16-8-31	19 (31)
13	San Agustín	16-8-31	33 (26)
14	Inm. Corazón de María	23-8-31	19 (19)
15	Sagrado Corazón	6-9-31	26 (39)
16	Nuestra Señora de Montserrat	8-9-31	20 (26)
17	San Miguel Arcángel	13-9-31	16 (18)
18	Inm. Concepción	21-9-31	30 (15)
19	San Nicolás de Bari	22-9-31	47 (35)
20	Nuestra Señora de la Piedad	30-9-31	24 (21)
21	San Roque	11-10-31	21 (19)
22	Nuestra Señora del Valle	11-10-31	17 (13)
23	Nuestra Señora del Carmelo	15-10-31	25 (17)
24	Nuestra Señora de los Dolores	18-10-31	13 (12)
25	San Benito	25-10-31	25 (19)
26	La Sagrada Familia	1-11-31	15 (11)
27	Nuestra Señora de los Angeles	1-11-31	89 (40)
28	Nuestra Señora del Pilar	22-11-31	38 (27)
29	Nuestra Señora del Socorro	29-12-31	60 (32)
30	Santa Ana (V. del Parque)	17-1-32	20 (19)
31	Nuestra Señora de Buenos Aires	31-1-32	14 (14)
32	San Antonio de Padua	6-2-32	20 (15)

Continuación de Cuadro 2

33	Nuestra Señora del Rosario	24-4-32	12 (11)
34	San Cristóbal	1-5-32	23 (23)
35	San Cayetano (Liniers)	5-5-32	22 (32)
36	Nuestra Señora del Perpetuo Socorro	5-5-32	20 (12)
37	Nuestra Señora del Consuelo	8-5-32	23 (13)
38	Santa Clara	15-5-32	19 (23)
39	Nuestra Señora de Luján	15-5-32	14 (12)
40	San Martín de Tours	12-6-32	12 (12)
41	Santa Julia	19-6-32	21 (18)
42	San Francisco Javier	3-7-32	13 (13)
43	Santa Inés	17-7-32	12 (21)
44	Asunción de la Sma. Virgen	24-7-32	20 (23)
45	Cristo Rey	31-7-32	18 (15)
46	Nuestra Señora de las Mercedes	20-8-32	15 (20)
47	Niño Jesús (Villa Lugano)	28-8-32	12 (12)
48	Inm. Concepción (Tacuarí)	28-8-32	28 (37)
49	San Vicente de Paul	18-9-32	18 (12)
50	San Felipe de Neri	18-9-32	12 (13)
51	Tránsito de San José	18-9-32	12 (12)
52	Santa Sofía Barat	25-9-32	13 (12)
53	Santa Rita	25-9-32	21 (20)
54	Santa Unión de los SS. CC.	9-10-32	25 (15)
55	San Pablo	3-10-32	21 (21)
56	Jesús de Nazareth	6-11-32	12 (20)
57	Santa Rosa de Lima	20-11-32	22 (18)
58	Santa Elena	4-12-32	17 (15)
59	San Isidro Labrador	22-1-32	17 (12)
60	Mater Consolationis	30-4-32	13 (13)
61	San José de Calazans	26-6-33	16
62	San Pedro Apóstol	29-6-33	17
63	Nuestra Señora de la Salud	3-9-33	12

Fuente: elaboración propia a partir de *BOACA*, n° 53, 15 de junio de 1933 y n° 60, 15 de octubre de 1933. Entre paréntesis la cantidad de socias declaradas en junio.

En la diócesis de Paraná hallamos un panorama diferente. Los dos primeros círculos fueron fundados el 19 de julio de 1932 y tras un comienzo lento de cerca de dos círculos en las ciudades más importantes, recién retomó cierto impulso en marzo de 1933. Paraná, Gualeguaychú y Concordia fueron sin duda los ambientes más propicios para la expansión. El contraste entre la información de principios y finales de 1933 indica un aumento muy discreto de la cantidad de asociadas.

Cuadro 3. Número de socias de los círculos de la rama femenina juvenil de la ACA correspondiente al Consejo diocesano de Paraná

Nº	Parroquia	Instalación	Nº de socias
1	San Miguel (Paraná)	10-7-32	21 (12)
2	Sagrado Corazón (Paraná)	10-7-32	42 (18)
3	San José (Gualeguaychú)	11-9-32	50 (18)
4	Sagrada Familia (Gualeg.)	-	18 (12)
5	San Antonio de Padua (Gualeg.)	29-9-32	62 (27)
6	Concepción del Uruguay	16-10-32	28 (20)
7	Nuestra Señora de Aranzasu de Victoria	15-12-32	46 (19)
8	Nuestra Señora del Carmen (Nogoyá)	9-12-32	34 (34)
9	Sagrado Corazón (Concordia)	1-3-33	15 (12)
10	Villaguay	8-3-33	17 (12)
11	Nuestra Señora de La Paz (La Paz)	13-3-33	34 (12)
12	Diamante	16-3-33	16 (12)
13	Lucas González	15-8-33	15 (12)
14	San Benito	21-3-33	17 (12)
15	Villa Crespo	23-3-33	13 (12)
16	Villa San José	28-4-33	20 (12)
17	Catedral (Paraná)	17-5-33	18 (17)
18	Villa Malvina (Gualeguaychú)	21-5-33	14 (14)
19	Nuestra Señora de Pompeya (Concordia)	25-5-33	13 (12)
20	San Antonio (Concordia)	28-5-33	42 (41)
21	Nuestra Señora del Perpetuo Socorro (V. Larr.)	28-6-33	15
22	Villa Elisa	13-8-33	13
23	Basavilbaso	20-8-33	21
24	Colón	4-9-33	24

Fuente: Idem cuadro 2.

San Juan nos muestra un panorama bien distinto. No solamente por el reducido número de círculos, no obstante fundados con mayor celeridad que en Paraná, sino también por la diseminación en la diócesis. Por añadidura, el ritmo del crecimiento no era significativo, y el único aumento registrado fue el del Departamento de Caucete.

Cuadro 4. Número de socias de los círculos de la rama femenina juvenil de la ACA correspondiente al Consejo diocesano de San Juan

Nº	Parroquia	Instalación Provisoria	Nº de socias
1	N. S. de la Merced (Capital)	18-10-31	38 (38)
2	Departamento Pocitos	20-12-31	16 (16)
3	Departamento Caucete	5-5-32	13 (29)
4	N. S. de los Desamparados	8-5-32	16 (13)
5	Distrito de Trinidad	7-8-32	16 (16)
6	Distrito de Concepción	6-11-32	12 (12)

Fuente: Idem cuadro 2.

¿Qué acontecía con las otras ramas en el resto de los casos seleccionados? En Paraná los Hombres Católicos habían logrado constituir 21 centros, las damas 9, los jóvenes 19 y las jóvenes 24; por su parte el laicado sanjuanino tuvo hacia octubre de 1933 4 centros de varones adultos, 6 de damas, 4 de varones jóvenes y 6 de mujeres jóvenes. La dificultad más inmediata residía en el plano del género, pues entre las diócesis más importantes los varones adultos y jóvenes estaban rezagados respecto a las ramas de mujeres.

En *El Pueblo* se intentó una veloz teoría sobre esta divergencia. Captando la relevancia de las jóvenes en la ACA, Luis Barrantes Molina imaginó una suerte de *target* militante vitalicio que sería ocupado por las *solteronas*. “La solterona piadosa y virtuosa está llena de tesoros morales de ternura, que no ha sido gastada por el comercio legítimo del matrimonio, y rebosante de caridad universal, que no está disminuida por el egoísmo natural de la maternidad. Esos tesoros”, concluía Barrantes Molina, “son utilizados por la Iglesia en bien de la beneficencia, del apostolado y de la salvación de las almas” (Barrantes Molina, 1933a). Pronto veremos que desde la propia ACA se pensaron estrategias más complejas y potencialmente realizables.

Las divergencias de la cantidad de centros y círculos señalan la dificultad de los párrocos (y asesores) para conformar juntas parroquiales debidamente constituidas. Por ejemplo, en el caso paranaense es evidente que de 24 parroquias 3 carecían de centros de varones adultos, 5 de varones jóvenes y 15

de círculos de damas católicas. Córdoba y Tucumán eran las diócesis en este sentido más armónicas en el ritmo de crecimiento de las distintas ramas. El equilibrio era importante porque condicionaba las posibilidades de actuación y crecimiento.

Esas dificultades eran marginales en estos primeros años de expansión y fueron muy pocos quienes percibieron su real proyección. La ACA se tornaba crecientemente compleja. En junio de 1933 una importante conferencia episcopal decidió la creación del secretariado Económico-Social, que se concretaría un año más tarde. Si bien desde la carta pastoral colectiva que anunció la formación de la ACA en 1931 el problema del “apostolado espiritual” sobre las “obras económico-sociales” estaba presente, la actuación concreta del bienio inicial estuvo dirigida a captar a los sectores privilegiados. Todavía en noviembre de 1933 se aclaraba desde *Criterio* que en la ACA sólo se aspiraba a una orientación intelectual y no directa (esto sería “acción social”) (Molina y Anchorena, 1933).

La conferencia episcopal decidió también la creación de la sección de *Niños Católicos*, confiada a la Liga de Damas Católicas y de la sección de *Niñas Católicas* bajo el cuidado de la Liga de las Jóvenes. Hizo lo mismo con la constitución de la sección de *los Aspirantes* (niños 10-12 hasta 15 años), tutelada por la Federación de los Jóvenes, y de *las Aspirantes* (igual en edad que los varones) a cargo de las Jóvenes.³ Estas secciones crecieron gradualmente y alcanzaron un nivel significativo hacia 1940; también en ellas el corte de género tuvo relevancia: la captación de las niñas y adolescentes mujeres fue parejamente superior a la de varones.⁴

En razón de su magra performance, los Hombres Católicos fueron aleccionados por el asesor diocesano Ramón Castellano en unas jornadas realizadas en Córdoba a principios de 1934. Castellano reconocía que el hombre maduro era de captación más difícil por tener una conciencia formada y múltiples obligaciones laborales y familiares. Además, añadía, los católicos eran individualistas y daban un sentido mínimo a su catolicidad. Por eso no debería exigirse que fueran “perfectos católicos”, aunque este debía ser el objetivo último. Así las cosas, previno contra la exigencia de realizar una comunión mensual o semanal. El asesor reconoció ante los varones adultos que los jóvenes eran más entusiastas, pero en cambio recordó que sucedían casos en que esos jóvenes se separaban de un día para otro de la asociación y llegaban a renegar de la fe “dando uno de esos vuelcos en la vida moral que nos espantan y desilusionan”.⁵

El asesor deseaba un mayor compromiso militante, pero el aumento de centros y círculos creaba un trabajo adicional que los párrocos no siempre estaban en condiciones de realizar. Un eclesiástico santafesino escribió a la sección de correspondencia del *Boletín Oficial* de la ACA para lamentar la sobrecarga de trabajo que le había significado la fundación de dos asociaciones

parroquiales, por lo que desaconsejaba la creación de las dos que todavía se requerían estatutariamente. Calculaba que las reuniones semanales con las y los jóvenes, y las quincenales (“por suerte”, agregaba) sumaban diez en el mes. Ante la posibilidad de que ese trabajo se duplicara, exclamaba: “¿Qué sería de mí, si fundara las otras dos asociaciones parroquiales? Otras 10 reuniones. ¡Y queda todavía la Junta Parroquial! ¡Dios nos ampare a los Párrocos!”. La revista respondió que era aconsejable organizar las reuniones ahorrando tiempos muertos, de manera que incluso con las otras dos ramas hubiera 12 reuniones mensuales, que serían “poca cosa”. La respuesta concluía:

Ánimo, hermano. Dejemos otras muchas preocupaciones secundarias y dediquémonos a esta obra tan nuestra y tan de Dios, como es la de formar sólidamente apóstoles para que ellos formen a otros.⁶

De ese modo quedaba irresuelto el problema, que sería crónico, de los asesores eclesiásticos. Incluso después del impulso ocasionado por la creación de nuevas diócesis en 1934 se observaría pronto que la estructura institucional de la Iglesia católica era insuficiente.⁷ Se ha insistido con razón en la expansión del clero durante el período aquí bajo examen (Di Stéfano y Zanatta 2000). Pero la envergadura que adquirió la ACA en sus primeros años exigió un esfuerzo significativo y a pesar de su aumento el personal disponible estaba por debajo de las necesidades más perentorias. En 1937 se contrastaba las 800 parroquias existentes contra las 6.000 localidades del país (Bizioli de Caspersen, 1937)

A pesar de las dudas provocadas por la definición de Pío XI de la Acción Católica como una “participación en el apostolado jerárquico” de la Iglesia, aquella estaba absolutamente subordinada a sus asesores. De allí que pronto se rectificara la función laical como una “colaboración”. La inquietud contra cualquier pretensión de autonomía, sin embargo, recorrió toda la historia de la AC. Durante su período inicial la amplitud de la creación de centros y círculos obedeció a la actividad organizativa de los sacerdotes en las ciudades, donde se disponía de mayores recursos humanos y parroquiales. A partir de un punto que se puede fijar para la rama de varones adultos en 1935, para las mujeres adultas en 1937, para las mujeres jóvenes en 1945 y para los jóvenes en 1950, se produjo un proceso no lineal pero inexorable de rendimiento decreciente de la captación de nuevas afiliaciones. Una de las explicaciones plausibles que circularon en la ACA se refería a los límites que el crecimiento alcanzaba una vez agotada la capacidad de control del párroco en los núcleos urbanos. No fue paradójica la mayor eficacia de la ACA en las ciudades que desde los marcos ideológicos católicos era vista como fuente de corrupción y frivolidad. Sucedió que las parroquias se concentraban allí. Sin embargo las limitaciones fundamentales no residían en la sobrecarga de trabajo de los

párrocos dado que la creación de centros y círculos continuó, mientras que el número de socios/as no lo hizo en la misma proporción.

Otro problema emergía desde el lado laico, cuya “indiferencia” generó dos respuestas. Una, ligada a la línea de la recuperación de valores católicos tradicionales y la selección de militantes en los estratos acomodados. Así lo señalaba en *El Pueblo* su pluma más inquieta, Barrantes Molina, quien se había ocupado de proponer al diario como órgano de difusión masiva de la ACA:

Lo más lamentable es que tampoco los católicos demuestran darle importancia a la cuestión religiosa. [... No obstante:] La Acción Católica no desmaya por eso en su encomiable perseverancia. A fuerza de publicaciones, de asambleas, de semanas de estudio, de ejercicios espirituales, de formación de sus miembros, de oración y de trabajo conseguirá romper el hielo de la indiferencia (Barrantes Molina, 1933b).

La otra línea, anclada en el catolicismo social, se inclinaba a problematizar la inserción masiva, en la cual la cuestión obrera debía tener un lugar relevante. La consolidación de esa preocupación en el seno de la ACA fue correlativa a la vocación de conquista de la sociedad civil y en ella a las clases populares. Sobre todo en esta corriente de opinión, menos propensa a una solución declamativa de las tareas del apostolado seglar, la idea de que la Argentina era una nación católica estaba en permanente cuestión. No porque se dudara de que esa representación fuera la adecuada para su historia y su porvenir, sino porque se percibía que contrastaba con los datos de la realidad social y política.

La preocupación por el avance del catolicismo seguía caminos ambiguos y cambiantes. Luego del éxito de convocatoria del Congreso Eucarístico Internacional realizado en Buenos Aires en 1934, entre las filas de la jerarquía eclesiásticas y del laicado parecía que la reconquista de la sociedad civil estaba al alcance de la mano. Sólo hacía falta un esfuerzo más. Había que ajustar las estrategias de “penetración”. El entusiasmo provocado por el Congreso Eucarístico coincidía con una vocación de conocimiento de la realidad social. Para hacerlo era preciso establecer adecuadamente cuál era la situación nacional de la ACA, cuáles eran sus puntos fuertes y cuáles los débiles, qué sectores sociales estaban más comprometidos con la cruzada y qué otros se mostraban menos permeables. El censo profesional de las filas de la ACA realizado entre el 15 de agosto y el 30 de setiembre de 1934 reveló sus bases sociales.⁸ Desde el órgano impulsor, el secretariado Económico-Social y especialmente desde su activista más dinámico, Francisco Valsecchi, el objetivo fue conocer con precisión el grado de penetración de la ACA entre la clase obrera. Se concluyó la elaboración de los resultados el 1° de mayo de 1935 y se envió una nota informativa a la cúpula de la ACA. En ella se ponderó la relevancia de los datos, sobre todo después del alarmante caudal de votos recientemente ob-

tenido en la ciudad de Buenos Aires por la organización comunista disidente Concentración Obrera.⁹ El éxito comunista, sumado a la victoria electoral del Partido Socialista ya había suscitado las dudas de José A. Sanguinetti sobre el aparente significado del Congreso Eucarístico Internacional como revelador de las convicciones católicas en la gran ciudad.¹⁰ Para atacar el problema con más profundidad, el secretariado Económico-Social proyectó la realización de una encuesta sobre la familia obrera y rural entre la afiliación a la ACA (la recolección de información fracasó).

Veamos primero los números agregados del citado censo de 1934 para todo el país.¹¹ De allí se infiere que las mujeres jóvenes y adultas con “Vida de hogar” aparecían como el grupo más compacto (38,5 %) del conjunto de ocupaciones de la ACA. Las jóvenes en este rubro llegaban a poco más de la mitad del total de ocupaciones, mientras que para las damas cubría el 71,8 % del total. Lo significativo es que el resto del conjunto de damas se distribuía entre un 9,4 % de rentistas, un 9,1 % de profesoras de nivel medio y un 4,5 % estaban jubiladas. De la clase obrera, incluyendo fabriqueras, talleristas y trabajadoras a domicilio, apenas alcanzaba al 1,5 %, lo que significaba un total de 90 personas. El número de empleadas de servicio doméstico era aún menor. En cambio, entre las jóvenes se encontraba un número mayor de profesoras y maestras (19,5 %) y el conjunto de obreras alcanzaba a un 8,2 %. Las jóvenes estudiantes eran el 10,5 %.

El segundo grupo ocupacional importante era el de “profesionales”, donde predominaban las jóvenes. Frente al 10,9 % de los varones adultos, las jóvenes tenían un 20 %, seguidas por las damas (9,6) y los jóvenes (5,2). Sin embargo, es importante discriminar los datos, dado que el 19,5 % representado por las jóvenes correspondía a la enseñanza, mientras que en las profesiones universitarias eran insignificantes con 19 personas empleadas. Los varones adultos tenían un 6,2 % de profesionales graduados en la universidad.

Los profesionales no constituían el conjunto más numeroso de los varones adultos. El monto más relevante era alcanzado por los trabajadores de “artes y oficios” (que es preciso distinguir de los obreros de fábrica donde apenas alcanzaban al 1,3 %) en los que podemos incluir a los trabajadores cuenta-propistas. El segundo grupo con un 19,5 % estaba constituido por “patrones” donde predominaban los propietarios de negocios al por menor (6,8 %) e industriales (6,4 %).

Los jóvenes estaban compuestos por un tercio de estudiantes secundarios, seguidos por empleados de comercio y trabajadores de “artes y oficios”.

Un rubro especial fue el de los trabajadores rurales, que prácticamente carecía de mujeres. Constituían un total de casi el 18 % de los varones adultos y poco más del 10 % de los jóvenes, aunque el rótulo es engañoso porque en realidad la mayoría de estos guarismos correspondía a “pequeños propie-

tarios”. El número de jornaleros y arrendatarios captados para la ACA era ínfimo.

Los números agregados del censo nos presentan un panorama donde prevalece una inserción urbana. Del total de personas censadas, las jurisdicciones eclesiásticas de Buenos Aires, La Plata, Córdoba, Santa Fe y Rosario aportaron el 65,2 %. Pero esta cifra aun puede ser elaborada al contrastar las diferentes ramas de acuerdo a la variable de sexo. Por ejemplo, en el caso de Buenos Aires encontramos que las jóvenes y las damas contribuían con un 66,3 %, mientras que en Córdoba lo hacían con el 38 %, en Rosario con el 51 %. En cambio, en las jurisdicciones menores la relación se invertía. Así ocurría con Tucumán donde eran el 72 %, en Mendoza el 64 % y en Corrientes el 76 %. Esta tendencia se corrobora si consideramos las zonas todavía menos pobladas, cuyo aporte femenino era el siguiente: en La Rioja 77,5 %, en Catamarca el 70 %, con el caso extremo de Viedma donde las mujeres constituían el 100 % del asociacionismo de la ACA.

Consideremos con más detalle en el siguiente cuadro una comparación entre los datos de Buenos Aires, Paraná y San Juan, que presentan dimensiones distintas.

Cuadro 5. Categorías profesionales en Buenos Aires, Paraná y San Juan.
Censo de la ACA, 1934

Profesiones/Diócesis	Buenos Aires	Paraná	San Juan
Trabajadores Rurales	-	162 (9,6)	15 (2,4)
Trabajadores Urbanos	460 (10,9)	250 (14,8)	62 (11,5)
Empleados	482 (11,4)	194 (11,5)	2 (11,5)
Patrones	139 (3,3)	84 (5)	28 (5,2)
Rentista	230 (5,4)	81 (4,8)	12 (2,2)
Profesionales	466 (11)	190 (11,2)	94 (17,5)
Estudiantes	509 (12)	131 (7,7)	79 (14,7)
Jubilados	110 (2,6)	18 (1)	14 (2,6)
Vida de Hogar	1.816 (43)	576 (34,1)	169 (31,5)

Totales: Buenos Aires: 4.212; Paraná: 1.686; San Juan: 535.

Fuente: elaboración propia a partir de *BOACA*, n° 96, abril de 1935. Entre paréntesis el porcentaje respecto al total de socios/as censados/as por ramas de organización federal.

El cuadro permite observar algunas diferencias ocupacionales que deben ser consideradas dentro de los números absolutos. El 12 % de estudiantes en Buenos Aires es menor al 14,7 % del mismo rubro en San Juan, pero

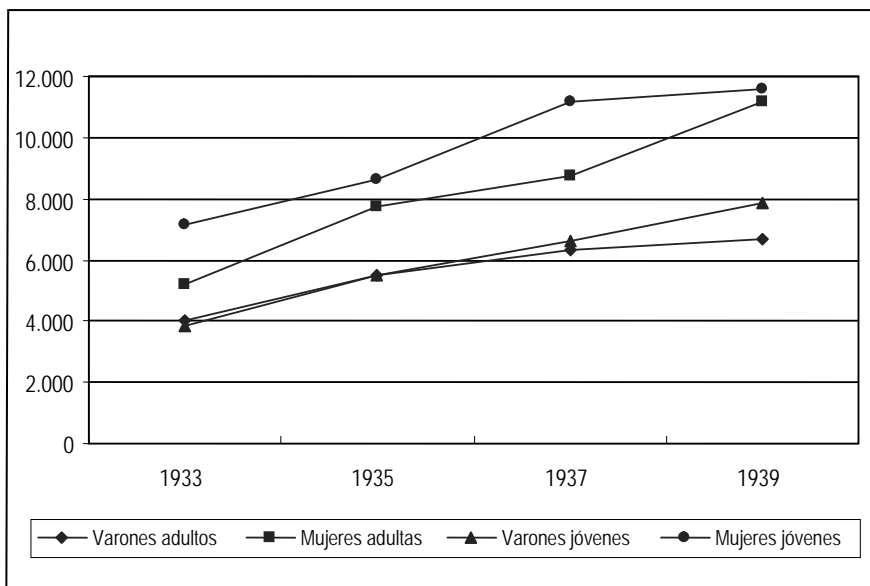
la exigüidad de los poco más de cinco centenares de personas censadas en esa diócesis relativiza su relevancia. Esto nos lleva a pensar la relación entre la cantidad absoluta del asociacionismo, el tipo de medio rural o urbano y la distribución ocupacional. La primera diferencia fundamental concierne a cierta homogeneidad en los rubros empleados, patrones rentistas, profesionales y estudiantes. En efecto, en esa franja la ACA de los primeros años obtuvo sus apoyos más sólidos. Tal como se planteó previamente, a esa serie habría que añadir los grupos de trabajadores independientes (de “artes y oficios”) y los pequeños propietarios y arrendatarios rurales. Por otra parte, en los tres contextos analizados la base femenina permanece esencial. Se mantiene en cualquier caso arriba del 30 % del total de personas asociadas.

Valsecchi infería una conclusión un tanto forzada al recordar el 21,7 % de “obreros” en la composición de la rama de Hombres: “Estas cifras bastan para decir que más de la cuarta parte de la Asociación de Hombres Católicos está formada por modestos trabajadores que gozan sin embargo de una cierta independencia económica”. Por el contrario, los números indican que el flanco débil del asociacionismo se revelaba entre las clases populares y, más exactamente, entre la clase obrera. Dos años más tarde Valsecchi reconocía que la composición “obrera” de la ACA se habría mantenido estable a la de 1934.¹² La indicación puede parecer demasiado impaciente, pero esa era la urgencia militante de esos años. En particular desde el secretariado que dirigía el autor del *Silabario social* y asesoraba Gustavo Franceschi se promovieron ambiciosas campañas de difusión de la doctrina social católica entre la clase trabajadora. Se aprovecharon contactos con los presidentes del Departamento Nacional del Trabajo, usualmente ocupados por destacados dirigentes católicos, para solicitar una mediación entre obreros y patrones. También se comenzó a diseñar lo que poco después sería la Juventud Obrera Católica (JOC) para formar cuadros que pudieran actuar efectivamente en el medio sindical. En ese secretariado la joven Marta Ezcurra sostenidos grandes esfuerzos por constituir gremios de costureras y se publicitó al sindicato de empleadas domésticas que orientaba Miguel De Andrea. Pero entre las afiliadas a la Federación de Empleadas de De Andrea los números eran decepcionantes: mientras la institución había captado a 67 socias entre 1936 y 1937 la Confederación General del Trabajo y la Unión Sindical Argentina habían crecido respectivamente en 26.763 y 7.016 afiliados/as.

Tres años después del Congreso Eucarístico los ánimos se habían aplacado y profundizaban las reflexiones sobre las formas alternativas de inserción social y de captación de una milicia laica. Para la ACA la idea del catolicismo raigal argentino no bastaba. Además del núcleo católico-social de Valsecchi, quien supo plantear de manera más profunda la necesidad de una revisión de las prácticas de la ACA fue el asesor Emilio Di Pasquo.

El asesor general Caggiano también había percibido las dificultades que desafiaban las representaciones ideológicas. En su recopilación de ensayos titulado *Problemas de Acción Católica* (1939) utilizó los datos que mostraban inequívocamente que el fervor de 1934 no había tenido un correlato duradero en el laicado; la presencia de las multitudes en las calles careció de un compromiso más sustantivo. La evolución de los primeros seis años era limitada, a pesar de la primera impresión que ofrece el siguiente gráfico.

Grafico 2. Evolución de socias/os de las ramas de ACA, 1933-1939



Fuente: elaboración propia a partir de A. Caggiano, *Problemas de Acción Católica*, Buenos Aires, Difusión, 1939.

En la tónica de un primer fortalecimiento, hacia 1932 Caggiano había propuesto a la parroquia como el ámbito esencial de la militancia. (Caggiano, 1932b) Pero gradualmente fue señalando los dilemas que planteaba la “lentitud” en el crecimiento de centros y círculos. Los problemas fundamentales que reconocía hacia 1935 —además de la falta de clero— consistían en que se habían fundado centros con muchos socios “de nombre bien conocido”, aunque muchas veces de vida cristiana inconsistente y no se habían seguido adecuadamente los reglamentos (Caggiano, falta año:68-69)

Di Pasquo ponía implícitamente en cuestión la persistencia de las primeras imágenes de cómo conducir la ACA y auspiciaba una vía alternativa a la inicial traslación del modelo de la Acción Católica Italiana. En efecto, distinguía entre

una estrategia deductiva, encerrada en el cultivo interno de la organización, y una práctica de índole inductiva, que formara cuadros católicos capaces de activar en sus ambientes particulares y conquistarlos. Se trataba de ir más allá de las reuniones parroquiales para incidir en los lugares de trabajo cotidiano: “parece como que nuestra Acción Católica hubiese llegado a un punto de madurez y exigiese imperiosamente, como un desahogo vital, este nuevo paso adelante en su acción y en su organización” (Di Pascuo, 1940).

El religioso profundizó su pensamiento en un extenso artículo de 1939 publicado en varios números del *Boletín Oficial*. Allí respondía a quienes señalaban la ineficacia de la ACA (Di Pasquo, 1939a). Y para levantar ese cargo propuso la perspectiva de un viraje en la “especialización” de la ACA, mediante el cual se penetraría en las ocupaciones de las mayorías: “la Acción Católica está en vísperas de hacer desembocar su acción en las organizaciones de clases, como río caudaloso que se divide en múltiples riachos a fin de penetrar toda una región con el benéfico riego de sus aguas” (Di Pasquo, 1939b). Sin embargo, el terreno de las diferencias de clase era reconocido como de más difícil inserción que las organizaciones de índole cultural (Caggiano, 1940). Desde su actuación en el secretariado Económico-Social de la ciudad de Rosario, Carlos Conci arribó a las mismas conclusiones: “El pueblo está alejado de nosotros; los templos se llenan siempre con los mismos elementos; se predica a la misma gente; no existe el ‘clima’ necesario para que el pueblo se acerque a Cristo, a la doctrina de Cristo, a la vida misma de Cristo, que es amor a la Justicia y a la Caridad” (Conci, 1941). Para la creación de cuadros obreros juveniles que realizaran un “apostolado ambiental”, Di Pasquo promovió la creación de la Juventud Obrera Católica, concretada en 1941, que estuvo articulada con la ACA pero no fue una rama ni se subordinó a la Junta Central (Bottinelli y otros, 2001). Para los ambientes de enseñanza se constituyeron las secciones de estudiantes y universitarios, que en 1952 formarían parte de la quinta rama de Profesionales y Estudiantes.

La dificultad de confirmar nuevos centros y círculos con los doce individuos reglamentados en 1931 condujo en 1942 a decidir que la oficialización de los círculos para mujeres y señoritas requería un mínimo de ocho militantes, mientras que los varones adultos y jóvenes formalizarían sus centros con un piso de cinco. Con rigor, ese mismo año Di Pasquo procedió a desmitificar la adopción de los números absolutos de la estadísticas oficiales (además no se privó de aclarar que los datos de la Federación de las Jóvenes eran las más confiables).

El asesor demostró cómo las cifras provistas por el *Anuario Católico* de 1941 podían ser interpretadas para ir más allá de la impresión de un crecimiento cuantitativo. Señaló, por ejemplo, que en la rama de Hombres, entre 1933 y 1935 el número total se había incrementado en 1.452 socios, pero que

separados los socios pertenecientes a centros nuevos y divididos los restantes por la cantidad de nucleamientos masculinos ya existentes en 1933, en ellos no se alcanzaba a un incremento de dos socios por cada centro en tres años, es decir, se captaba a menos de un socio por año; lo mismo sucedía con los cálculos de los jóvenes, de 1935 a 1940, cuando se constató el aumento de 3.600 afiliados que implicaba por un lado la aparición de 150 centros con 1.200 socios, lo que suponía que los restantes 2.400 socios nuevos deberían distribuirse en los 471 centros preexistentes, lo que resultaba en un poco más de 5 socios por cada centro durante el quinquenio, es decir, apenas más de 1 socio adicional por año (Di Paquo, 1942).

La rama que conservaba un rendimiento aceptable era la JAC de los jóvenes, calificada por uno de sus dirigentes como la institución juvenil más poderosa de país con cerca de 13.000 afiliados y 12.000 aspirantes (Belaunde, 1944). Pero esa capacidad de captación era puesta en cuestión para el momento de pasaje a la rama de adultos. El presidente de la Junta Central, Eduardo F. Cárdenas, criticó una actitud que veía prevalecer en las ramas juveniles. Los centros y círculos de la juventud estaban imbuidos de un imaginario que degradaba la vida de madurez y tornaba poco atractivo el paso a las ramas de mayores, hacía peligrar la reproducción de la institución en su conjunto. Como remedio a la situación, Cárdenas proponía que se educara a las ramas juveniles en el “amor integral” por Cristo y la Iglesia; sobre todo, debían sobreponerse a la seducción “de raíz pagana” respecto de la juventud como felicidad pues, concluía, “es indudable que en conjunto, no suele ser su época más constructiva ni más fructífera” (Cardenas, 1943).

Sin un imaginario igualmente gozoso para los años de madurez, el argumento difícilmente podía seducir a la juventud. Sin embargo, la deriva adoptada por el gobierno constituido después del golpe del 4 junio de 1943 pareció modificar de raíz las condiciones de la militancia de la Acción Católica. Monseñor Franceschi celebró: “Dios es criollo”. Sobre todo después de la implantación de la educación religiosa en la escuela, el último día de ese año, las perspectivas de un Estado que realizara la obra de recristianización de la sociedad civil que se había revelado tan difícil aplacaron los desasosiegos. Un tema de fondo, que pocos católicos fueron capaces de reconocer, entonces hallaría solución: la educación religiosa obligatoria convertiría a las mayorías a un catolicismo activo y obediente. El surgimiento del peronismo suscitó algunos resquemores pero la opinión contraria a la Unión Democrática de la jerarquía inclinó al laicado a la espera de un gobierno decididamente identificado con el catolicismo. La experiencia de Manuel Fresco en la provincia de Buenos Aires fue apenas un ensayo del triunfo definitivo que Juan Perón parecía prometer. ¿Acaso no fue el propio Perón quien declaró que su política seguía la orientación de la “justicia social” auspiciada por la encíclica *Rerum Novarum*?

LA DÉCADA PERONISTA: EL TIEMPO DE LA CRISIS

El decenio peronista deparó al catolicismo argentino una lenta decepción. No sólo porque su política de “organización” de la sociedad restringía la inserción de las élites sindicales del laicado en la clase obrera, sino porque la nueva época mostraba cambios de sensibilidad que eran vistos como incompatibles con la conservación de las costumbres. Pero en verdad, entre los mejores cuadros católicos se percibió algo más grave, porque el evidente éxito peronista entre los estratos populares desnudaba la incertidumbre del proclamado carácter católico de la nación argentina. El peronismo venía a consumir una meta que el catolicismo aspiraba realizar: una aculturación que identificara a la colectividad heterogénea en un nuevo orden simbólico. El aumento y variación del consumo, el voto femenino, la multiplicación de los productos de los medios masivos de comunicación, eran favorecidos por el peronismo. En ese marco sociocultural la atracción de una vida antimoderna consagrada a la militancia católica se tornaba cada vez menos seductora para sectores cada vez más amplios de la población.

Es tentador cruzar este proceso de transformación con la evolución del proyecto de una catolización de la sociedad, dado que el fenómeno debe ser comprendido en el cruce de las dinámicas institucionales y la historia sociocultural urbana. Las correlaciones no son demostrativas de una causalidad pero añaden elementos de juicio para pensar la temprana y progrediente crisis del laicado.

Tras la implantación de la educación religiosa en las escuelas el ministerio de Justicia e Instrucción Pública difundió cifras sobre la aceptación de esa enseñanza en los niveles primario y secundario, que oscilaron entre el 82 y el 85 por ciento. Sin embargo los guarismos son poco claros respecto a la convicción con que se seguía los cursos o los efectos que producía.

Los años cuarenta aparecen como el momento de quiebre o agotamiento del avance católico. El impresionante aumento de las confesiones registradas en 1942 es seguida de una caída aun más significativa en 1944. Tanto en el plano de la asistencia a misa (esencial para el reclutamiento de la milicia laical) como de los casamientos y el adoctrinamiento militar los años del surgimiento del peronismo muestran un panorama preocupante para las élites católicas. Como hemos visto, desde tiempo atrás insistían en la “penetración” de los ambientes. En el entusiasmo de 1946 el panorama se presenta auspicioso con la identificación católica reclamada por Perón.

Veamos los grandes números del período:

Cuadro 6. Evolución de la afiliación a ramas de la ACA, 1943-1955

Rama / año	1943	1947	1950	1955
Varones Adultos	8.161	8.692	9.242	8.318
Mujeres Adultas	15.961	17.686	17.683	20.053
Varones Jóvenes	12.407	22.871	21.000	11.304
Mujeres Jóvenes	22.871	18.371	24.635	23.372
Totales	59.400	67.620	72.560	63.047

Fuente: *Anuario Católico Argentino 1943*; *Anuario Católico Argentino 1947*; BOACA, n° 20 aniversario, citado; *Encuentro Nacional de Dirigentes de la Acción Católica*, citado; AJAC, "Estudio estadístico sobre el crecimiento de la rama", *Acción Católica*, n° 391-392, noviembre-diciembre de 1956.

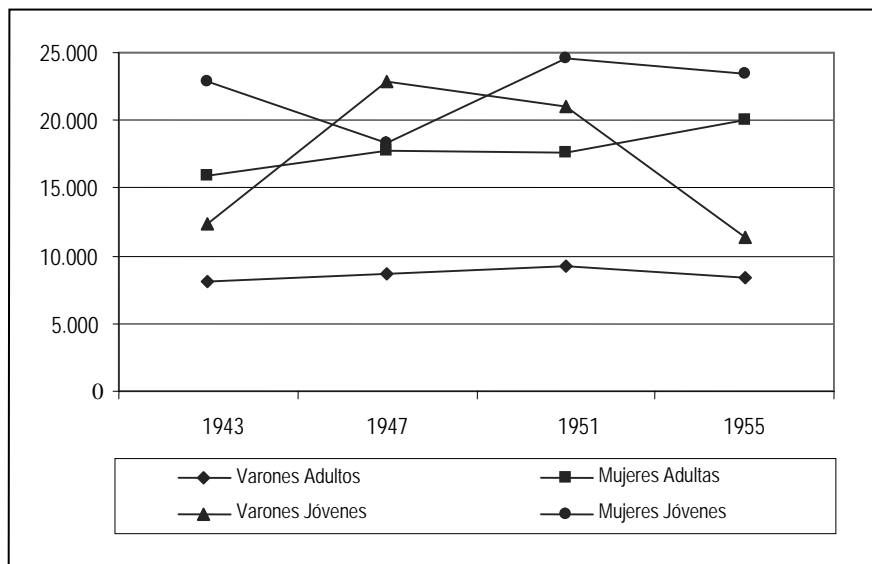
El gráfico 3 permite percibir las trayectorias de las ramas durante el primer peronismo. Fue a partir de entonces que las mujeres adultas se consolidaron como el sector tendencialmente dominante de la ACA. A pesar de su exigüidad, fue la única rama con crecimiento prácticamente constante durante todo el período. Tal como se observó en el gráfico 1, en 1959 superaron a las jóvenes. Los jóvenes decrecieron vertiginosamente durante los primeros años de posguerra y comenzaron a resurgir después de 1947. Las jóvenes siguieron un crecimiento más uniforme e iniciaron su descenso a partir del decenio del '50. Los varones adultos se mantuvieron estables, sin sumar cantidades apreciables de los jóvenes mayores de 35 o recién casados. Todo hace presumir que una práctica mayor del pase de rama constituye la fuente del incremento en las maduras.

Fueron más significativos los cambios en la distribución de la masa afiliada a lo largo del país. En el apéndice se incluye un gráfico donde se ordenan los círculos y centros de acuerdo a consejos diocesanos, con algunas modificaciones respecto a la geografía de los años treinta. La novedad más importante concierne al desplazamiento de Córdoba como centro del laicado del interior. Según se vio en el cuadro 1, en 1933 la diócesis cordobesa superaba (+648) a la de Santa Fe Zona Sur (luego Rosario) en cantidad de socias/os. Catorce años más tarde Córdoba tenía una leve superioridad numérica sobre Santa Fe Norte pero quedaba ampliamente rezagada (-815) respecto a Rosario y, esto es lo nuevo, se produjo un destacado aumento en La Plata. Es interesante notar que Córdoba creció en términos absolutos en las dos ramas femeninas y especialmente en la de mujeres maduras; la de varones adultos se mantuvo estable y la de jóvenes aumentó apenas en 115 afiliados. En este sentido, expresó mejor que ninguna otra jurisdicción la tendencia general de la ACA.

Con el inicio de la década peronista la juventud masculina de la ACA adquirió un impulso mayor al de otras ramas, aunque no pudo ser sostenido.

Para la asamblea nacional de 1946 se esperaba convocar a 50.000 congresales (Barnech, 1946). La JAC pudo reunir a 40.000, donde estaban seguramente comprendidos socios provisorios y aspirantes. Su máximo dirigente laico, Manuel Bello, formuló con claridad la perspectiva de la “penetración” del trienio 1946-1949: había que recuperar el sentido de la “acción” y exceder el esfuerzo de la reunión semanal, traspasar la “verja” del atrio parroquial e incidir en el lugar de trabajo y núcleo juvenil “de todos los días” (Bello, 1946).

Gráfico 3. Evolución de la afiliación a ramas y secciones de la ACA, 1943-1955.



Fuente: Idem cuadro 8.

Una idea que se extendió en esos años fue el “apostolado celular”, que siguiendo el modelo comunista tenía el objetivo de organizar “células” de militantes católicos en los lugares de trabajo, estudio o esparcimiento no propiamente religiosos. La formación brindada por el asesor y practicada por los asistentes de los centros debía fortalecerlos para enfrentar el exterior. En ese sentido se decía en *Servir*: “las reuniones de los Centros deben ser el foco de las inquietudes y los problemas que la juventud vive en la calle, y no el repetir una cantidad de fórmulas fosilizadas a las que el socio no ve ninguna utilidad”.¹⁴

La salida a la lucha por los “ambientes” estaba decidida. La JAC compartió el discurso común en la JOC sobre el rechazo de la imagen del católico retraído y sufriente, para propugnar al militante alegre y emprendedor que pudiera

ser un líder en su lugar de actividad cotidiana. Pero en 1947 Pedro Barnech era más escéptico que Bello al cuestionar que se dispusieran de las actitudes necesarias para el triunfo. En su opinión la sociabilidad de los centros juveniles no enseñaba a actuar ni infundía el “espíritu de conquistista”:

“No se le dieron las armas necesarias para la lucha apostólica en sus ambientes y concluyeron por lo tanto, aquellos que tuvieron la suerte de perseverar, por alejarse de los mismos ambientes y refugiarse en la Acción Católica sustraídos diríamos a las cosas del mundo” (Barnech, 1947).

A principios de 1949 el clima de desazón atizaba con mordacidad el disgusto contra el encierro parroquial. Desde el periódico juvenil *Antorcha* se empleó el característico lenguaje que lo singularizaba para ridiculizar la falta de disciplina, incluso entre la dirigencia, que imaginaba acciones que nunca estaba dispuesta a realizar.¹⁵

La autocrítica era dura y ponía en duda la esperanza de los Hombres Católicos de que los jóvenes recién pasados sus filas infundieran una vida que ellos parecían resignados a observar a la distancia. En *Concordia*, la publicación de la AHAC, se imaginó un diálogo donde la actividad del centro parroquial era aun más pobre que la denostada entre los jóvenes. Así se expresaba el personaje inventado “Prudencio” sobre su centro: “Nos juntábamos cada 15 días uno hablaba un rato sobre cualquier cosa, tanto como para pasar el rato, y los demás mirábamos el techo, o la pelada del que teníamos enfrente. Después decía algo el Presidente, y adiós”.¹⁶ Por eso los Hombres exaltaban a los nuevos socios hasta ayer juveniles: “nos traen ideas espléndidas, experiencias apostólicas riquísimas. Vienen a poner en nuestro Centro, a veces un poco solemne y vetusto una nota de alegría y buen humor, junto al deseo de hacer algo o mucho de útil”.¹⁷ Para las mujeres adultas, por razones de clase y género, dado que las damas que se preciaran de tales no debían trabajar, el apostolado ambiental derivó en la militancia sobre la propia familia.¹⁸

La perspectiva de desarrollar las especializaciones seguía siendo una tarea pendiente y obligó a Nicolás Fasolino a una nueva explicación (Fasolino, 1948). En el caso de la esperada quinta rama de profesionales, liderada por Oscar A. Itoiz, su existencia fue marginal; en ese terreno la mejor tarea la realizaron desde los años treinta las corporaciones y consorcios de médicos, arquitectos, abogados, odontólogos, farmacéuticos, economistas e ingenieros. Las mismas no se distinguieron por su número como por la eficacia de intervención en lo público. Pero en las ocupaciones más difundidas entre los sectores medios —donde se intentó desarrollar el “Apostolado en el Lugar de Trabajo”, ALT— los esfuerzos fueron infructuosos. Llegado a ese punto, las opiniones parecían haberse inclinado por reconocer el fracaso del modelo

italiano. El ejemplo de la Acción Católica Belga, propio del jocosismo, fue postulada como la única posibilidad de futuro (Mignone, 1951).

Es preciso hacer una aclaración respecto a la modulación que adoptó el apostolado ambiental, que como anticipamos en éste período jamás fue abiertamente debatido fuera de los corsés de dependencia de la jerarquía eclesiástica. Nacido al calor de una voluntad de formar activistas obreros que propendieran a la paz social y neutralizaran a los sindicalistas de izquierdas, el apostolado ambiental fue cambiando de cariz durante el transcurso del decenio peronista. La intención de influir sobre un gremialismo católico continuó siendo un objetivo de Miguel de Andrea, pero la ACA pasó a interesarse inequívocamente por la clase media. La palabra de J. Roberto Bonamino fue infatigable al respecto. De acuerdo a lo analizado a partir del censo profesional de 1934 ese había sido siempre el origen de la mayoría de sus afiliados. La aspiración a expandir el apostolado laico en el seno de la clase trabajadora se marchitó con el peronismo, aunque el significado del régimen de Perón nunca fue públicamente discutido hasta después de setiembre de 1955. Con la creación de la rama de profesionales, la APAC, en 1952, la institución que a principios de los años treinta estaba dirigida por hombres y mujeres de origen oligárquico dio gradual paso a sectores medios acomodados o universitarios.

Desde 1950, la opinión de que la misma existencia de la ACA estaba en cuestión atravesaba los rangos de la institución. En ocasión de una nueva propuesta de método de apostolado laico, Sara Makintach presentó esas opiniones, a las que contradijo: “La Base Misionera no viene a arrasar con los cuadros de la Acción Católica, ni crear cosa nueva, porque al decir de algunos ‘la A. C. ya no sirve’... ‘no rinde’... ‘no llena como es debido su cometido’“(Makintach, 1953). Esos rumores serían desmentidos una y otra vez, pero ya no callarían.

Los números revelan que salvo el caso de la rama de mujeres adultas la declinación cuantitativa de la ACA fue inexorable. Esto no la privó de ser agente de primera magnitud en el derrocamiento del gobierno peronista. Sus cuadros demostraron una notoria capacidad de organización de movilizaciones públicas y de conspiración en la sombra (una historia de mayor duración indicaría los precedentes de prácticas de movilización rastreables por lo menos desde los años veinte). Los efectos de su campaña contra el gobierno fueron desproporcionados respecto al exiguo número de activistas.

En el número del vigésimo aniversario del *Boletín Oficial* se consignó un total de 123 mil afiliados. Las cifras que aquí se han evaluado como más confiables, apartando a niñas/os y aspirantes, se acerca a la mitad de ese guarismo (ver cuadro 6). De hecho fue optimista el apesadumbrado cálculo realizado por *Anhelos* en 1954, donde se destacó que si bien un 90 % de la población se reconocía católica, sólo un 5 % militaba en una organización de apostolado laico, y quienes pertenecían a la ACA no alcanzaban al 1 %.¹⁹

Los meses inmediatamente posteriores a la Revolución Libertadora fueron decepcionantes para la militancia laica y, sobre todo, para los jóvenes que habían participado en la primera fila de la lucha. Un problema grave fue el giro adoptado por el nuevo gobierno, que con el desplazamiento de Lonardi había dado paso a una coalición “liberal” que disgustaba a las preferencias integristas. Pero desde la Juventud de la Acción Católica se fue más lejos y se interrogó sobre las fuerzas propias. Su diagnóstico era apesadumbrado: “Desgraciadamente no podemos decir que la Asociación responda, ni siquiera de una manera satisfactoria, a la gravedad del momento”.²⁰ La razón fundamental residía en que la cifra de las afiliaciones no reflejaba la militancia que en apariencia representaba: además un “lastre” de asociados que habían dejado de serlo, los restantes carecían de formación para la militancia y las obras apostólicas. Eran “pesos muertos”, miembros con “arteriosclerosis” y “cáncer” que destruían a la institución.²¹

Sin embargo, esa opinión no era la única. Otras perspectivas, como la proveniente de la Junta Central de la ACA, aspiraban a recuperar a las numerosas deserciones de los últimos años.²²

La dificultad más profunda residía ya no en el crecimiento sino en la preservación de lo existente. El único sector del post-peronismo que se atrevió a hacerlo explícita fue el de las jóvenes de la AJAC.

Cuadro 7. Afiliadas de las jóvenes católicas. Entre paréntesis la cantidad de círculos

Año	Socias	Aspirantas	Niñas
1952	24.746 (1.169)	16.240 (1.078)	15.316 (809)
1955	23.372 (1.315)	15.631 (1.101)	15.876 (896)
Saldo 55/52	-1.374 (+146)	-609 (+23)	+560 (+87)

Fuente: AJAC, “Estudio estadístico sobre el crecimiento de la rama”, en *Acción Católica*, n° 391-392, noviembre-diciembre de 1956. Las cantidades incluyen afiliadas efectivas y provisorias.

El cuadro 7 permite deducir que existían 1.374 socias menos con 146 círculos más, 609 aspirantes menos sobre 23 secciones de aspirantas más, y finalmente, 560 niñas más sobre 87 secciones de niñas adicionales. Calculando el mínimo de socias por círculo, que había vuelto a ser de 12, el incremento de los círculos debería significar la existencia de 1.752 socias más, mientras que la realidad es que había 1.374 socias menos. En otras palabras, que de acuerdo a la estructura de 1955, la pérdida virtual era de 3.126 socias. En aspirantas, siguiendo el mismo razonamiento, tendrían que contarse 276 aspirantas adicionales, pero dado que existían 609 menos, la pérdida efectiva para la organización fue de 885 militantes. Incluso las cuentas para las niñas eran deficitaria:

si habían 87 secciones más, su ingreso mínimo tendría que haber alcanzado a 984 niñas, pero sólo llegó a la cifra de 560, por lo que faltarían 424 para que sus secciones estuvieran bien constituidas. El promedio de integrantes de las secciones creadas era de 6 niñas. Como lo reconocía la propia AJAC, las cifras se tornaban menos auspiciosas al considerar el aumento poblacional en el trienio.

CONCLUSIÓN

La discusión más abierta que se produjo hacia el final del período aquí analizado tuvo lugar en el primer encuentro de dirigentes católicos, reunido en San Miguel de Tucumán, los días 24, 25 y 26 de julio de 1959. Afortunadamente se publicó una versión taquigráfica de las conversaciones, sin importantes modificaciones, lo que permite leer afirmaciones que posiblemente una censura hubiera eliminado. Estuvieron presentes antiguos militantes de la ACA, entre los cuales se puede mencionar a C. H. Belaunde, Enrique Shaw, F. Valsecchi, Carlos J. García D'Áz, M. N. J. Bello, Miguel Nougués, P. J. Barnech, Juan Fontenla, Florencio J. Arnaudo, César Bellati, Américo G. Monterroso y Juan Vázquez. En la ocasión, Bello hizo una presentación del estado de la ACA donde reconoció la pérdida de asociados. Su conclusión fue que “[e]n vez de ser los menos, los viejos son los más. Tenemos una crisis de juventud”.²³ El análisis del presidente de la Junta Central de la ACA no era demasiado inquisidor. Las indicaciones más agudas se referían a un cambio de costumbres ocurrido en los últimos quince años. Las mujeres habrían salido del espacio hogareño y la juventud sufrió una profunda transformación en su mentalidad, y la asistencia a la parroquia aparecía como poco estimulante. En cambio, atribuía la indiferencia de los varones adultos a la ocupación en la política, presumiblemente la demócratacristiana. Su respuesta a la situación consistía en proponer mejorar la formación de dirigentes.

El economista C. H. Belaunde fue más áspero que Bello. En su opinión, los problemas de reducción de socios y socias eran mayores que los sugeridos por las estadísticas, dado que “todavía se mantienen muchos socios que de tales sólo tienen el nombre”.²⁴ Según su parecer había causas extrínsecas e intrínsecas a la ACA. Las primeras se vinculaban con las complicaciones de los últimos tiempos en materia económica, política y social, que habrían reducido la capacidad material de militancia del laicado. Las segundas eran la rutina, la falta de renovación de los métodos empleados y la crisis de dirigentes. En efecto, mientras en sus primeros años la ACA había suscitado el fervor de lo nuevo, después fue perdiendo la “mística”; se continuó actuando “casi como en los primeros tiempos” cuando habrían cambiado los socios, su formación y sus costumbres; por último planteó una crítica a la designación de dirigentes

por la jerarquía parroquial o episcopal pues recordó casos en los que “no se explica por qué fueron nombrados”. Eran “buena gente” sin deseo de innovación ni nada que pudiera incomodar a la jerarquía. Belaunde dejaba traslucir en su intervención una molestia, inimaginable en Bello, ante el conservadurismo del alto clero respecto a la ACA. Pasarían varios años antes de que un enfrentamiento con la jerarquía fuera explícito y él no partiría precisamente de los católicos de mayor edad.

La caída del peronismo, pues, no acabó con los problemas de la ACA. El balance y prospectiva de la reunión de dirigentes católicos de 1959 no logró sustentar la confianza hacia el futuro de la ACA. Basilio Serrano recordó en esa ocasión que a pesar de la disminución, la institución católica era la organización civil más importante del país. El reconocimiento de las contrariedades era sin embargo evidente. La década del sesenta profundizó aun más la crisis. La juventud mantuvo su dinámica, pero la politización la conduciría —sobre todo a las camadas más recientes— por caminos inauditos. La nueva oleada del cambio de hábitos juveniles disminuyó el atractivo que conservaba la sociabilidad parroquial después de terminado el colegio secundario. En los años setenta se intentó una reconstrucción de la ACA con vocación masiva (se lo llamó “relanzamiento”), pero de allí en más la institución se mantuvo como reservorio de las élites laicas del catolicismo argentino. Lejos quedaron los decenios impetuosos de los treinta, los primeros cuarenta, el bienio del conflicto final con el gobierno peronista, la disputa de *laica y libre*, momentos en los que la milicia laica del catolicismo argentino pareció capaz de recuperar la imaginaria esencia cristiana de la Argentina. Esa época quedaría en la memoria católica como la promesa que habría revelado el Congreso Eucarístico Internacional de 1934. Otros caminos parecían abrirse, sin embargo, para las voluntades de modificar una realidad según los preceptos de un cristianismo entendido de modos nuevos y antagónicos con la era pre-conciliar.

APÉNDICE

Cuadro: Censo profesional de la Acción Católica, 1934.
Categorías ocupacionales del asociacionismo

Categoría profesional	Total	Varones Adultos	Varones Jóvenes	Mujeres Adultas	Mujeres Jóvenes
Trabajadores rurales	1.389 (6,4)	768 (17,9)	444 (10,8)	29 (0,5)	148 (2)
Jornaleros, peones, etc.	291 (1,3)	165 (3,9)	126 (3,1)	-	-
Pequeños arrendatarios	300 (1,4)	198 (4,6)	102 (2,5)	-	-
Pequeños propietarios	621 (2,9)	405 (9,4)	216 (5,2)	-	-
Trabajos rurales femeninos	177 (0,8)	-	-	29 (0,5)	148 (2)
Trabajadores urbanos	2.534 (11,6)	928 (21,7)	871 (2,1)	140 (2,3)	595 (8,2)
Administración pública	121 (0,6)	89 (2,1)	32 (0,8)	-	-
Empleados servicios públicos	138 (0,6)	116 (2,7)	22 (0,5)	-	-
Industrias, fábricas, talleres	390 (1,8)	132 (3,1)	198 (4,8)	5 (0,1)	55 (0,8)
Artes y oficios	1.227 (5,6)	442 (10,3)	418 (10,1)	52 (0,9)	315 (4,3)
Trabajos a domicilio	175 (0,8)	8 (0,2)	6 (0,1)	33 (0,5)	128 (1,8)
Comercios, bancos, oficinas	44 (0,2)	19 (0,5)	25 (0,6)	-	-
Negocios al por menor	69 (0,3)	13 (0,3)	56 (1,4)	-	-
Servicio doméstico	149 (0,79)	18 (0,4)	41 (1)	26 (0,4)	64 (0,9)
Otras ocupaciones manuales	221(1)	91 (2,1)	73 (1,8)	24 (0,4)	33 (0,4)
Empleados	2.092 (9,6)	825 (19,2)	996 (24,1)	50 (0,8)	221 (3,1)
Administración pública	499 (2,3)	265 (6,2)	144 (3,5)	32 (0,4)	58 (0,8)
Empleados servicios públicos	209 (1)	122 (2,8)	70 (1,7)	3 (0,1)	14 (0,2)
Industrias, fábricas, talleres	197 (0,9)	76 (1,8)	104 (2,5)	-	17 (0,2)
Comercios, bancos, oficinas	751 (3,4)	274 (6,4)	400 (9,7)	8 (0,1)	69 (1)
Negocios al por menor	297 (1,4)	48 (1,1)	194 (4,7)	4 (0,1)	51 (0,7)
Otras ocupaciones de oficina	139 (0,6)	40 (0,9)	84 (2)	3 (0,1)	12 (0,2)

Cuadro: Censo profesional de la Acción Católica, 1934.
Categorías ocupacionales del asociacionismo. Cont.

Patrones y dirigentes	1.110 (5,1)	835 (19,5)	180 (4,3)	69 (1,1)	26 (0,4)
Explotaciones agropecuarias	114 (0,5)	95 (2,2)	19 (0,4)	-	-
Empresas de servicios públicos	23 (0,1)	18 (0,4)	5 (0,1)	-	-
Industrias, fábricas, talleres	360 (1,7)	273 (6,4)	66 (1,6)	17 (0,3)	4 (0,1)
Comercios, bancos, oficinas	213 (1)	159 (3,7)	32 (0,8)	14 (0,2)	3 (0,1)
Negocios al por menor	400 (1,8)	290 (6,8)	58 (1,4)	38 (0,6)	14 (0,2)
Rentistas	931 (4,2)	254 (5,9)	23 (0,6)	581 (9,4)	73 (1)
Profesionales	2.731 (12,5)	466 (10,9)	215 (5,2)	595 (9,6)	1.455 (20,1)
Universitarios	384 (1,8)	266 (6,2)	90 (2,2)	9 (0,1)	19 (0,3)
Enseñanza pública y privada	2.146 (9,8)	92 (2,2)	77 (1,8)	560 (9,1)	1.417 (19,5)
Otras ramas	201 (0,9)	108 (2,5)	48 (1,2)	26 (0,4)	19 (0,3)
Estudiantes	2.160 (9,9)	-	1.400 (33,9)	-	760 (10,5)
Universitarios	336 (1,5)	-	313 (7,6)	-	23 (0,3)
Enseñanza pública y privada	673 (3,1)	-	129 (3,1)	-	544 (7,5)
Otros cursos	1.151 (5,3)	-	958 (23,2)	-	193 (2,7)
Jubilados	492 (2,2)	212 (4,9)	-	280 (4,5)	-
Vida del hogar	8.399 (38,5)	-	-	4.440 (71,8)	3.959 (54,7)
Ocupaciones familiares	7.681 (35,2)	-	-	4.047 (65,4)	3.634 (50,2)
Obras sociales y benéficas	718 (3,3)	-	-	393 (6,4)	325 (4,5)
Total censado (100%)	21.838	4.288	4.129	6.184	7.237

Fuente: elaboración propia a partir de *BOACA*, n° 96, abril de 1935. Entre paréntesis el porcentaje respecto al total de socios/as censados/as por ramas de organización federal.

NOTAS:

- ¹ Posteriormente adoptaron los nombres oficiales de Asociación de Hombres de Acción Católica (AHAC), Asociación de Mujeres de Acción Católica (AMAC), Asociación de los Jóvenes de Acción Católica (JAC) y Asociación de las Jóvenes de Acción Católica (AJAC). Para simplificar las denominaciones aquí utilizaré los nombres de varones adultos y jóvenes, y de mujeres adultas y jóvenes.
- ² “Nuestra colaboración en la Acción Católica”, en *El Pueblo*, 30.5.1931; “La Acción Católica parroquial”, en *El Pueblo*, 22/23.6.1931. María Ester Rapalo subraya este aspecto de la ideología inicial de la ACA.
- ³ “Resoluciones del Episcopado Argentino”, en *BOACA*, n° 56, agosto de 1933.
- ⁴ Por razones de espacio, en esta oportunidad se dejará a un lado la trayectoria cuantitativa de las secciones de niños/as y aspirantes, que sólo serán tratadas a propósito del pasaje a las ramas juveniles.
- ⁵ “La Asociación Nacional de Hombres Católicos”, en *BOACA*, n° 74, mayo de 1934.
- ⁶ “Consulta”, en *BOACA*, n° 41, enero de 1933.
- ⁷ En el momento de creación de la ACA, la organización eclesial de la República Argentina estaba constituida por el Arzobispado de Buenos Aires y diez obispados sufragáneos: La Plata, Córdoba, Santa Fe, Tucumán, San Juan, Paraná, Salta, Santiago del Estero, Corrientes y Catamarca. Estas jurisdicciones, y especialmente el mencionado arzobispado, sufrieron en los años siguientes decisivas alteraciones que impiden establecer con certeza una evolución comparativa de las diócesis a lo largo de las décadas. Hacia el fin del período aquí estudiado la ACA tenía consejos diocesanos o arquidiocesanos en Buenos Aires, Córdoba, Salta, San Juan, Paraná, La Plata, Santa Fe, Santiago del Estero, Tucumán, Corrientes, Catamarca, Azul, Bahía Blanca, Jujuy, La Rioja, Mendoza, Mercedes, Río Cuarto, Rosario, San Luis, Viedma, Resistencia, San Nicolás, Posadas, Santa Rosa y Formosa.
- ⁸ Véase *BOACA*, n° 96, abril de 1935.
- ⁹ “Terminó el censo profesional el Secretariado Económico-social de la A.C.A.”, en *El Pueblo*, 1.5.1935.
- ¹⁰ “Actualizando un volante de EL PUEBLO”, en *El Pueblo*, 4.4.1935.
- ¹¹ Para detalles, véase el cuadro del apéndice.
- ¹² “Los apóstoles obreros”, en *BOACA*, n° 125, julio de 1936.
- ¹³ “Las líneas generales”, en *Servir. Órgano de los Jefes de la J.A.C.*, año 1, n° 1 - 2, marzo-abril de 1947.
- ¹⁴ Antorcher, “Teoría y práctica”, en *Antorcha*, n° 21, enero de 1949.
- ¹⁵ “La asamblea en el café”, en *Concordia*, n° 211, julio de 1950.
- ¹⁶ “Sangre nueva”, en *Concordia*, n° 208, abril de 1950.

- 17 “Apostolado ambiental. La madre de familia”, en *Anhelos*, n° 10, setiembre 1948.
- 18 “Conocer la realidad parroquial para trabajar sobre ella”, en *Anhelos*, n° 4, julio agosto de 1954.
- 19 “IX Asamblea: Asamblea del silencio”, en *Sursum*, n° 218, octubre-noviembre de 1955.
- 20 “IX Asamblea: Asamblea del silencio”, en *Sursum*, n° 218, octubre-noviembre de 1955.
- 21 “Orientaciones que se han hecho llegar a las Juntas Diocesanas”, en *Acción Católica*, n° 389, setiembre de 1956.
- 22 *Encuentro Nacional de Dirigentes de la Acción Católica*, Buenos Aires, Junta Central de la ACA, 1959, p. 95.
- 23 *Encuentro Nacional de Dirigentes de la Acción Católica*, Buenos Aires, Junta Central de la ACA, 1959, p. 100.
- 24 *Encuentro Nacional de Dirigentes de la Acción Católica*, Buenos Aires, Junta Central de la ACA, 1959, p. 101.

BIBLIOGRAFÍA:

BIZIOLI DE CASPERSEN, Ada (1937): “Círculos sociales”, en *BOACA*, n° 142, marzo de 1937.

BARNECH, Pedro A. (1946): “¡Alerta!”, *Sursum*, n° 195.

BARNECH, Pedro A. (1947): “Mi carta al Sr. Presidente del Centro Parroquial de...”, *Servir*, año 1, n° 1 - 2.

BARRANTES MOLINA, L (1933a): “La mujer en el apostolado seglar”, *El Pueblo*.

BELAUNDE, Cesar H. (1944): “Una juventud nueva para los tiempos nuevos”, en *Cátedra* (suplemento económico de *El Pueblo*), n° 666, 23.1.1944.

_____ (1933b): “La Semana de Estudio de la Acción Católica”, *El Pueblo*.

BELLO, M. N. J. (1946): “Para la J. A. C. queda abierta la nueva ruta de afirmación”, *Sursum*, n° 202.

BIANCHI, S. (2002): “La construcción de la Iglesia Católica como actor político y social, 1930-1960”, *Anuario del IEHS*, 17, Tandil, Buenos Aires.

BLANCO, Jessica E. (2008): *Modernidad conservadora y cultura política. La Acción Católica Argentina (1931-1941)*, Córdoba, Editorial de la Facultad de Filosofía y Humanidades, pp. 242-269.

BOTTINELLI, Leandro y otros (2001): “La JOC. El retorno del Cristo Obrero”. En Di Stéfano, Roberto y Mallimaci F. (Comps.), *Religión e imaginario social*, Buenos Aires, Manantial.

_____ (2001): “La JOC. El retorno del Cristo Obrero”. En Di Stéfano, Roberto y Mallimaci Fortunato (Comps.), *Religión e imaginario social*, Buenos Aires, Manantial, pp. 242-269.

CONCI, C. (1941): “La acción del Secretariado Económico-Social en Rosario”, en *BOACA*, n° 228, abril de 1941.

CAGGIANO, Antonio (1932a): “Plan de Trabajo para 1932. Prosiguiendo”, *Boletín Oficial de la Acción Católica Argentina* (en adelante *BOACA*), 20, marzo de 1932.

_____ (1932b): *La Junta Parroquial de la Acción Católica Argentina*, Junta Nacional de la ACA, Buenos Aires, pp. 9-15.

_____ (1940): “La Acción Católica y las obras económico-sociales”, *BOACA*, n° 218.

_____ (1957): “Después de 25 años de Acción Católica”, en *Acción Católica*, n° 395, mayo.

_____ (1957): “Después de 25 años de Acción Católica”, *Acción Católica*, N° 395.

CÁRDENAS, E. F. (1943): “¿'Pase' o continuidad?”, *BOACA*, n° 255.

DI PASQUO, Emilio Antonio (1939a): “La Acción Católica Argentina. Sus resultados, sus

defectos, sus problemas, su porvenir” (continuación), *BOACA*, n° 189.

_____ (1939b): “La Acción Católica Argentina. Sus resultados, sus defectos, sus problemas, su porvenir” (continuación), *BOACA*, n° 192.

_____ (1940): “¿Tiene la Acción Católica un método propio de apostolado?”, *El Pueblo*.

_____ (1942): “Los métodos de la Acción Católica”, *BOACA*, n° 246.

DI STÉFANO, Roberto y Zanatta, Loris (2000): *Historia de la Iglesia argentina*, Buenos Aires, Mondadori, pp.409-411.

FASOLINO, N. (1948): “La A. C. y las especializaciones”, *Criterio*, n° 1039.

LE BRAS, Hervé (2000): *Naissance de la mortalité. L'origine politique de la statistique et de la démographie*, París, Gallimard-Le Seuil.

MOLINA Y ANCHORENA, Josefina (1933): “Acción Católica y acción social”, *Criterio*, n° 298.

LIDA, Miranda (2010): “El catolicismo de masas en la década de 1930. Un debate historiográfico”. En Folquer, Cynthia y Amenta, Sara G. (Eds.), *Sociedad, cristianismo y política. Tejiendo historias locales*, Tucumán, Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino.

MAKINTACH, S. (1953): “Errores acerca de la Base Misionera”, *Acción Católica*, n° 365.

MALLIMACI, F. (1992): “El catolicismo argentino desde el liberalismo integral a la hegemonía militar”. En AA. VV. *500 años de cristianismo en la Argentina*, Buenos Aires, Centro Nueva Tierra-Cehila.

_____ (1991): “Movimientos laicales y sociedad en el período de entreguerras. La experiencia de la Acción Católica en la Argentina”, *Cristianismo y Sociedad*, México.

MARTÍNEZ, S. (1932): “El reinado social de Jesucristo y la Acción Católica”, en *BOACA*, n° 37, octubre de 1932.

MIGNONE, Emilio F. (1951): “Si es legítimo o no hablar del fracaso de la Acción Católica”, *Revista de Teología*, La Plata, 1-2.

OTERO, Hernán (2008): *Estadística y nación. Una historia conceptual del pensamiento censal de la Argentina moderna, 1869-1914*, Buenos Aires, Prometeo.

SANTOS LÉPERA, Lucía (2009): “La Acción Católica tucumana: sociabilidad y cultura religiosa en los años 1930. El caso del Centro de Hombres de San Pablo”. En Lida M. y Mauro, D., *Catolicismo y sociedad de masas en Argentina 1900-1950*, Rosario, Prohistoria.

TENTI, María Mercedes (2008): “El catolicismo integral y la Acción Católica en Santiago del Estero”. En Gabriela Caretta Gabriela y Zacca, Isabel (Eds.), *Para una historia de la Iglesia. Itinerarios y estudios de caso*, Salta, CEPIHA-Universidad Nacional de Salta.

blanca